

Alerce

Nueva época, Año 3, N° 26, Octubre de 2016. Director: David Hevia



Bárbara Délano, Voz y Latido de la Poesía

Hija de la sicóloga María Luisa Azócar y del escritor Poli Délano, Bárbara Délano Azócar (1961-1996) es una de las voces renovadoras de la poesía chilena. Estudiante de Licenciatura en Letras Hispanoamericanas de la Universidad de Chile y socióloga de la Universidad Autónoma de México, se tituló allí con honores, obteniendo la Medalla Gabino Barreda. En ese país colaboró en la revista *La Brújula en el Bolsillo* y en el suplemento cultural del diario *Excelsior*, aunque su fuerte inclinación por la literatura la llevó desde la infancia a empuñar la pluma y sorprender ya entonces por la madurez de sus textos, como el que a los 12 años de edad dedicó a su abuelo, el escritor, diplomático y Premio Nacional de Periodismo, Luis Enrique Délano. Destacada representante de la Unión de Escritores Jóvenes y del Colectivo de Escritores Jóvenes, en 1988 se hizo acreedora de la Beca de la Fundación Neruda. Autora de *México-Santiago* (1979) y *El Rumor de la Niebla* (1984), varios de cuyos versos han sido antologados en volúmenes como *Veinticinco Años de Poesía Chilena (1970-1995)*. De manera póstuma fue publicado el libro (*Playas de Fuego*), en 1998, tras un intenso trabajo de compilación que abarca la producción poética desarrollada por ella durante seis años. A veinte años de su partida, la recordamos con estos versos suyos cuya bella vigencia habla por sí misma.

ACERCA DEL POETA

Los soles al chocar
dejaban su estela innumerable de sonidos
que el hombre nunca pudo oír
los planetas rotaron
y el mar dando vueltas
extrañamente nunca se caía

Los hombres seguían levantando
sus manos extendidas sobre el cielo
Los dedos de las mujeres
tocaban el vientre de sus hijos
y ellos besaron largas noches
los pechos de luna donde se bañaban
las sirenas y los delfines ciegos
Nunca vimos un atardecer en Marte
Los días pasaban
rigurosamente
El tiempo seguía dentro de los caracoles
ascendiendo y descendiendo su fatal escala
Nadie sabía los nombres de las cosas
y cuando se dijo atrás
se disparaba a un hombre
y cuando se dijo mano
caía un pájaro
y cuando se dijo tierra
sonó un mar de huesos y calaveras
fue el poeta el que le puso nombre a las cosas
y las cosas desde entonces fueron dóciles y
amargas
y amigas del hombre
y se dijo harina
y hubo pan
y se dijo bomba
y fue Hiroshima
y se dijo beso y hubo bocas
desde entonces las cosas vivieron
y bailaron con el hombre durante los siglos
y vino el poeta y presenciamos el atardecer más
rojo
de Marte
y cada vez que chocó una estrella con un cometa
escuchamos un ruido de papel arrugado
Si hay algo aquí adentro
que venga un poeta y se siente a la mesa
si algo hay de verde



que venga un poeta y encienda la luz y busque el volcán
si alguna palabra queda por decir
que venga el poeta y tome desayuno
y dé besos y haga espejos de cada pupila rota y amarilla
Un globo roto en las manos de un niño
un auto que se detiene
un hombre que muere
una mujer compra el pan
cinco hombres se mueren
una bibliotecaria hace ssshht
treinta hombres asesinados
un obrero se arremanga la camisa
cincuenta hombres desaparecidos
una hoja cae de un árbol
el poeta da el último grito
sus amigos aúllan como una sirena
camino al cementerio
y las cosas ahí se quedaron
esperando que su mano resucite
para que este globo pájaro
siga aleteando como un feto de gorrión
en el espacio celeste.

MARGARITA LA TIBURONERA

A Luis Enrique Délano, capitán de altura

Tomé a estribor
miré a mi viejo capitán
y no pude contener las lágrimas
El mar se agitaba como nunca esa tarde
y yo no podía detenerme

Me hice algunas preguntas
sobre la dirección del viento
era necesario balancear el stand by

El buque era
una pequeña lámpara
azotada en el Pacífico y
la lluvia el dolor y nosotros
cantando en la cubierta

“Margarita la tiburonera
se hará a la mar
Habrá tormenta y
ella de todos modos zarpará”

El viejo capitán miraba a sotavento
verde perico en el hombro
pipa en la mano gruesa
era un verdadero pirata

“¿Dónde tomaremos el Martini esta noche?”

En el horizonte
la luna negra se desborda
Algas pieles brillantes y
chillidos en sordina
cruzan la oscuridad

Es tarde y estamos felices
el viento golpea nuestras mejillas
“¿Cantan las sirenas en la noche?”
¿Rugen bajo las estrellas
los leones de mar
de amor de nostalgia?

Preparamos el arpón sobre la cubierta

Una colina aterciopelada

y rayos amarillos
pequeños filamentos
atravesan el océano

Vamos rumbo a las costas de Oaxaca
mi capitán y yo
la guerrera del mar

Aves surcan el cielo y nos hemos quedado en silencio

Ruge el motor
¿somos nosotros o
es el peso del tiburón que avanza?

Bajo el agua tibia
una gran sombra y
la sangre jaspeando el agua

Capitán soy tu diosa y
tú eres mi héroe
Así navegaremos de ahora
para siempre
con las ropas manchadas y
la vista fija

Volví la cabeza tenues fulgores
me inundaron de peces brillantes

La oscuridad del agua me penetró
solo los peces relumbraban en la oscuridad

Las velas desplegadas giraban hacia Mazatlán

Allá nos detuvimos
en las grandes avenidas salobres
a sorber nieves de limón y guanábana
“¿Escuchas?”

(Los portones de la selva
se abrían frente a nosotros
y las Marías nos gritaban
algo que no pudimos entender)
¿Dónde está el pasado ahora?

(Recordé aquella tarde en Lanco
la lluvia golpeaba los latones
clinc clonc

mientras los muchachos
se masturban en el cuarto a media luz)

Ventre liso y torso desnudo
sobre la ribera las chicas
agitan sus pañuelos

“Volverán volverán cantan
que el mar se agite
que los borrachos se emborrachen
que el dolor pase porque
nunca volveremos a ser los mismos”

La brújula señalaba al Destino y
el peligro crecía en medio de la noche
¿Zarparemos?

¡A levar anclas mulatos!
y escuché el estruendo de botellas destapándose

“Llora llora dulce Margarita
en la cubierta el mástil te espera
verás desde allí las blancas playas
y tú y yo de la mano
entonaremos antiguos cantos”

No tenía miedo

El capitán y yo
gruesas manos pies anchos
estábamos decididos
boca seca y amarga

La tripulación vacilaba y
golpeaba los tambores

Oh mar encendido
Olas llameantes y tantos deseos de no morir
Oigo tu voz susurrándole a los dioses
no hay dolor en tu corazón

¿Dónde anclaremos?

¿Dónde está la otra orilla?
¡Oh dulce capitán!
No llegaremos nunca a puerto
Bajo la noche respiramos como niños

Esta aventura es incomparable.

POÉTICA



SOY EL RECUERDO

Si preguntan quién soy
Diré que soy la hija del recuerdo
Aquel que perdido en una historia no contada
Baila con el viento.
La sombra que juguetea con las olas
Y corre en las llanuras.
Si preguntan quién soy,
Diré que soy la sombra de mis ancestros,
El llanto que no lloraron.
Soy la luna que el sol no alcanza por la mañana,
La flecha que vuela libre
Y que caza la llama del infinito.
Soy la lluvia, la escarcha y la nieve.
Soy el espíritu de un pueblo que no ha muerto.
Soy la sangre que hierve en las venas de sus hijos.
Soy el recuerdo vivo y la esperanza.
Soy el recuerdo.

SWAYNEKS NE YA'

'a'wssk'yamyernenta'kar
Swaynekskarkamyer'on ya'
Pew'ta', K'sossyòwseshsòwenkoynch'or
Klokennyta' shenukash
Shenkàmènkashterrenta'
Tonkannyxennencheyekta' way
'a'wssk'yamyernenta'kar
Ya'khóowenmènneya' yer'on ya'
Holqenankaykatholqesòwenmerta'kar
Kre'kashkrenankaykatkore' xenwe'sòwenta'kar
Alwere' neshyach'enyáan
Toónchaletenepaáwtenta'
Cháalèn, `ohochèlassxoshneya'
Wanka'karmènne ya'
Warrnykuherrenta'karkanamkarsamsaks
Wanswaynekskashkmoyinka' ne ya'
Swayneksne ya'

Heman'y

Traducción: Keyuk Yantén

SUEÑO

Escribo en noche de otoño
el frío lánguido
se aferra a esta habitación
que desvela otro sueño
la misma lluvia cae en el patio
y las mismas nubes
cubrirán otro invierno

Escribo en la tierra
allí donde las hormigas
almacenaron sus veranos
dejando caminos abiertos
esculpiendo migajas
entre hojas amarillentas

otro otoño, otro invierno
otro verano
quizás
otro sueño.

Orietta González

TE ESPERO DESNUDA

Tumbada en la alfombra, espero desnuda
jaún sangran mis rodillas!
Cuelgan rendidas las sábanas del lecho
teñidas con sangre y aguazal de placer.

Te esperan besos
molde para tus labios asilvestrados
lengua traviesa, caderas ígneas
manos inquietas, ansiosas
pechos desnudos señalando el firmamento,
placeres mundanos.

Liz Gallegos

ENTREVISTA

TERESA CALDERÓN REMEMORA
EL AMOR DE SU PADRE POR LAS LETRAS

¿Cuáles son los primeros recuerdos que tienes de tu padre, en su faceta de escritor?

Hay que remitirse a La Serena, a fines de los años cincuenta en una hermosa casa, llena de árboles frutales y muchas flores. Era una casa de dos pisos y la última pieza del primer piso era la llamada "biblioteca", que estaba siempre con llave. Solamente se abría cuando mi papá llegaba del liceo de hacer sus clases, porque él hacía clases en todos los colegios de La Serena y tenía un programa en la radio, abrió también un círculo literario, fue un agitador cultural en La Serena. Esa pieza era sagrada, era el "escritorio del papá". A veces nos dejaban entrar a mirar y en el centro había un escritorio, todo rodeado de libros, todo muy pulcro. Cada domingo se dedicaba, además, a recortar los diarios, pegaba los recortes en páginas blancas y los guardaba en carpetas: lo que aparecía sobre distintos libros, comentarios, entrevistas a autores... Mi papá en ese tiempo era muy joven y recién estaba por publicar su primer libro de poemas. A lo largo de los años logró reunir tal cantidad de material, de archivos y carpetas, que ahora todo eso está en la Biblioteca Nacional, en la sala Alfonso Calderón. Después de esto viene una segunda parte, que es la llegada de los amigos poetas a La Serena.

Un desfile...

Claro. Muchas veces se juntaban. Por ejemplo, Jorge Teillier llegaba a la casa. También estaban Enrique Lihn, Pablo de Rokha, el que anduviera de paso por ahí. No se hacían en ese tiempo lanzamientos de libros, pero ellos hacían algo parecido, los poetas leían sus poemas y recibían comentarios. Con mi hermana mirábamos desde el rabillo de la puerta y nos llamaba mucho la atención ver que mi papá y sus amigos eran como niños. Eran grandes de porte, pero no eran realmente "grandes". Verlos jugar, emocionarse,



decirse cosas emotivas, no eran cosas que una viera en los papás de sus amigas. Mi mamá estaba siempre muy atenta a todo, porque mi mamá era una fanática de la literatura, se sabía miles de poemas de memoria, le encantaba leer y tenía una admiración profunda por mi papá.

Y cuando él no estaba en esa habitación sagrada y conversaba contigo, como niña, ¿se deslizaba también el tono de escritor en su relato oral?

Sí, siempre. Mi papá hablaba como escribía. Siempre andaba haciendo asociaciones con autores. Él tenía la costumbre de regalarnos libros de acuerdo a la edad que nosotras íbamos cumpliendo. Y a cada una ya nos había descubierto cuál era el estilo de historias que nos gustaban. A fin de mes llegaba sin plata porque llegaba cargado de libros. Mi mamá se enfurecía, porque "los libros no se comían", "¡las niñas necesitan alimentarse!". Pero mi papá le entregaba un libro para ella, un libro para mí, otro para mi hermana... Nos hablaba del autor a todas, era como una reunión familiar. Para él era lo más normal del mundo tener que contextualizar la historia, en la época, con el autor, lo que pasaba en la historia, lo que estaba sucediendo en el mundo. A mí por eso me gusta siempre leer las biografías de escritores, porque quedé con eso de que hay algo importante detrás que se relaciona con la obra.

Un autor, por lo demás, bastante multifacético. ¿Tú empezaste a leerlo como poeta, como ensayista o como narrador? ¿Qué es lo primero que leíste de él?

El País Jubiloso, que fue el segundo libro que publicó en La Serena cuando teníamos 6 y 7 años cada una. Mi mamá dijo "démosle una sorpresa al papá, él publicó este libro, propongo que cada una se aprenda un poema de memoria y se lo recite cuando él llegue". Ella también buscó uno para recitarlo. Eran poemas difíciles, que no entendíamos mucho, pero el sonido, las palabras, la música de los versos, todo eso era como sentir ciertos "chispazos", una ventana que se abría hacia un mundo extraño, misterioso. Cuando llegó mi papá, mi mamá le dijo: "Alfonso, las niñas te tienen una sorpresa"; yo le recité un poema, mi hermana otro... y mi papá estaba tan emocionado... Mi mamá remató con el poema que ella había aprendido. Él estaba muy feliz. Me acuerdo incluso del poema. Se llamaba *Miré la Casa Muerta*; yo lo elegí porque me gustó esa idea de una casa muerta, porque la gente se muere, no las casas. "Miré la casa muerta: llantos de niño / me invadieron, tras los muros la carcoma / iba por dentro, aventando viejas horas / de fábula y contento. De soslayo". Así siguen tres estrofas más que ahora no recuerdo, pero yo me lo repetía en la cabeza mientras caminaba, mientras jugaba, para poder decirlo bien el día que me correspondía recitarlo y porque algo me conmovía de ese texto. Los primeros recuerdos que tengo de mi papá tienen que ver con la poesía, no con otra área. Él llegaba siempre del colegio, me tomaba en brazos y bailaba conmigo y me decía "Novia del campo, amapola, / que estás abierta en el trigo; / amapolita, amapola, / ¿te quieres casar conmigo?", que era el poema de Juan Ramón Jiménez. Yo escuchaba palabras, sonidos, emociones; era algo maravilloso. Después entré en su novela, en sus diarios, en las crónicas, pero lo primero y lo último fue la poesía.

CÓDIGO DE AGUAS

La lluvia
se dedicó a llover
desconsolada.
Trajo un canto perdido
y acunado en subterráneos.
Vino hiriendo
las tejas de los años
las rodillas de un niño
con ojos fijos
llegó a beber la conciencia.
Después formará túneles
crecerá por encima del ladrillo
y el agua
se esconderá en la tierra
con los muertos.

Teresa Calderón

Escríbenos a alerce@sech.cl